



# Retiro de Semana Santa

## Introducción

La Semana Santa es para los cristianos un lugar central de nuestra fe. Recordamos en ella lo más básico del misterio de Cristo: su muerte en entrega a los demás y su resurrección, don gratuito del Padre. Y es de este misterio de Cristo del cual brota nuestra salvación: es la muerte que nos libra del pecado y la resurrección que nos concede la vida nueva.

Puestos frente a este hecho central de nuestra fe, nos vemos obligados a mirar a Cristo que muere y resucita. La disposición que debemos tener es la de mirar a Cristo: mirarlo atentamente, descubriendo todos los aspectos y sacando todas las consecuencias. Y mirarnos también a nosotros mismos a la luz del ejemplo de Cristo. Semana Santa es tiempo de atención y de discernimiento, no de elaborar teoría. Por eso es corte, porque normalmente pasamos más tiempo elucubrando teorías que contemplando activa y personalmente el rostro de un ajusticiado.

De allí que las motivaciones de esta Semana Santa vayan orientadas a un descubrimiento de la persona de Cristo. Mirarlo muriendo, mirarlo muerto y sepultado, mirarlo resucitando. Las motivaciones no podrán ser sino flechas indicadoras de la dirección a seguir. La meta es Cristo mismo, encontrado personalmente por cada uno de nosotros. Trataremos de ayudar a ese encuentro, lleno de temor por la inmensa presencia de Cristo, que todo lo empara, pero que nunca puede ser tomado con seguridad. Y de temor porque lo radical de este encuentro lo hace esencialmente intransferible e inmanejable por otro.

## 1. La muerte de Cristo

La muerte de Cristo es un hecho tan central para nuestra fe, a la vez que tan incomprensible – el Dios que muere; el libertador que es ajusticiado y modelo de santidad que muere oscuramente, como criminal entre dos ladrones; el hombre perfecto que muere dando un grito que denota su profunda angustia y oscuridad – es un hecho tan central e incomprensible que frente a él se agolpan todos los elementos de nuestra fe.

Con seguridad todos hemos pensado repetidas veces en la muerte de Cristo y la hemos contemplado desde diferentes aspectos, todos ellos válidos y complementarios.

Es la injusticia que pasa por la deformación de las conciencias en una educación ideologizada, que pasa por los valores de la sociedad de consumo, por el individualismo y el utilitarismo, por la pérdida de los valores morales y el lucro erigido como valor absoluto. Es simplemente «La Injusticia». Frente a ello brota en mí irremisiblemente la clásica pero tan profunda pregunta de

¿por qué permite Dios el sufrimiento? y sobre todo, ¿por qué el sufrimiento de los inocentes? Uno puede dar unas cuantas respuestas que van en la línea de la responsabilidad que cabe a los hombres en dicho sufrimiento, pero la cosa no queda agotada. Es necesario reconocer que nos adentramos en un profundo misterio que toca a lo más hondo del modo de actuar de Dios y del ser mismo del hombre; de ese hombre que no sabe amar sino sufriendo. Como una pequeña luz que busca iluminar esta realidad, no como una explicación, nace esta reflexión sobre la muerte de Cristo.

A los apóstoles les costó mucho más creer en la muerte de Cristo que en su resurrección. Después de un primer momento de desconcierto, del cual nos dan testimonio el texto de los discípulos de Emaús o la incredulidad de Tomás, los apóstoles se encuentran con Jesús resucitado, aceptan gozosos su resurrección y se consagran a la tarea de anunciar a todos los pueblos la Buena Noticia de la resurrección del Señor.

No pasa lo mismo con su muerte. Es evidente que los discípulos saben que Jesús murió, que murió con una muerte real y que lo sepultaron, pero esta muerte no tiene ningún sentido para ellos. Es algo que sucedió, pero que es un poco vergonzoso. La justifican acusando a los judíos. Ellos son los causantes de la muerte de Jesús. «Ustedes entregaron y rechazaron a Jesús ante Pilato, cuando él había decidido soltarlo. Ustedes rechazaron al Santo, al Justo, y pidieron el indulto de un asesino. Ustedes mataron al autor de la vida», le dice Pedro a los judíos (*Hechos de los Apóstoles* 3,13-15). Esteban en su discurso acusa a los judíos en términos parecidos: «¡Rebeldes, infieles de corazón y sordos! Ustedes siempre resisten al Espíritu Sano, lo mismo que sus antepasados. ¿Hubo algún profeta que sus antepasados no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y al él lo han traicionado y asesinado ustedes ahora» (*Hechos* 7,51-52). Se podrían citar muchos otros textos, pero retengamos sólo esto: para los Hechos de los Apóstoles a Jesús **lo mataron** los judíos.

Aquí topamos con un primer hecho de la muerte de Cristo: Jesús es «El Justo» que es matado por los judíos, es el cordero inocente llevado al matadero sin proferir gritos. Diciéndolo con nuestras palabras: su muerte es un «ser llevado a la muerte», posee un aspecto «involuntario». Entendámoslo bien. No se trata de que Jesús haya sido tomado preso y muerto por un descuido en sus planes de acción. Desde el inicio de su actividad Jesús va dispuesto a entregarse en el servicio a los demás y al Padre. Pero el rostro concreto que tomará para Él este servicio no lo tenía claro. Y lo que es absolutamente claro es que los discípulos nunca se esperaron esa muerte de Cristo. Son las circunstancias, las formas concretas que asumía la injusticia en ese momento, las que tomarán la entrega de Jesús a los otros y la concretizarán en esta muerte en la cruz; muerte no deseada por Jesús, aunque sí aceptada por Él. En este aceptar la muerte que otros le imponían, en la aceptación de esta forma concreta, forma impuesta casi obligatoriamente por los otros, en la que se le solicita que vierta su voluntad de entrega, se da un aspecto fundamental de la «muerte cotidiana» de Jesús. De la lucha que le costó a Jesús aceptar esta muerte nos da testimonio el texto de la oración del huerto la noche antes de la Pascua. El cáliz que angustia a Jesús no es el de su entrega a los demás y al Padre, sino el que su entrega se concretice en esta muerte de cruz inminente.

Detengámonos un poco ahora ante la figura de Jesús que acepta su muerte. Decía hace un momento que Jesús no inicia su ministerio con plena claridad de que va a morir en la cruz ajusticiado.

En un primer momento, en el desierto, Jesús debe rechazar tres tentaciones que se oponen a su ministerio, porque ellas significaban alejarlo de su entrega a los hombres. Es la tentación de usar su vida en provecho propio y no en el servicio de los demás. Es la tentación de llamar la atención sobre sí por medio de acciones espectaculares, en vez de ser la «Palabra del Padre». Es la tentación definitiva de abandonar su tarea que presiente dolorosa y gozar del mundo (*Mateo* 4,1-11). Estas tentaciones iniciales, que pareciendo tan simples son tan profundamente permanentes en toda vida, no agotan las dificultades que debe enfrentar Jesús.

Jesús inicia su actividad en Galilea, como predicador ambulante. Las multitudes se van embobadas tras Él. Incluso quieren hacerlo rey (cf. *Juan* 6,15). ¡Cuántas veces los evangelios nos hablan de las muchedumbres que siguen a Jesús, y que incluso se olvidan de comer para seguirlo! Pero Jesús se mantiene fiel a su predicación y la gente se asusta y se va (cf. *Juan* 6,66). La esperanza de una conversión rápida y masiva de los israelitas se desinfla muy pronto. Jesús queda solo, acompañado únicamente por un pequeño grupo de discípulos. Inicia entonces una nueva estrategia: formar un pequeño grupo sólido, una comunidad profética, diríamos nosotros, que sea el fundamento de un nuevo pueblo. Ellos deberían ser los hombres de una pieza, los que jamás fallaran. Pero la realidad resulta otra. Judas es el que lo vende por dinero. Pero, el cabeza de esta comunidad, que debía ser el más sólido, lo niega por susto.

Para completar este cuadro casi ni vale la pena nombrar a los jefes judíos, tanto políticos como religiosos. Los evangelios nos los muestran enteramente ciegos e insensibles frente a Cristo. Su única reacción es la de buscar eliminarlo.

Todas estas realidades conducen a Jesús a una muerte enteramente solo. Es un Jesús rechazado por todos y con una espina que le atraviesa el corazón el que sube al calvario. Es el Jesús que muere la muerte que otros le destinaron. La muerte del abandonado, de aquel frente al cual todos nos lavamos las manos, en parte por no entender nada de lo que hace, y en parte por considerarlo un poco loco, o desubicado, o peligroso. Lo que propone podría ser bueno; pero, de hecho, en lo concreto, es irrealizable. Por lo tanto, no importa demasiado que muera.

Pero, ¿qué es lo que en los apóstoles produce tanta frialdad frente a Jesús? Las respuestas podrían ser infinitas. Podemos especular sobre las dificultades del compromiso, sobre los condicionamientos personales, etc. Sin embargo, hay un elemento que creo central en esta desilusión de los apóstoles: el carácter cada vez más «normal» de la actividad de Cristo. Para los discípulos Jesús es «un ídolo que se desinfla». Al hacer una lectura atenta del evangelio resalta claramente esta desilusión de los apóstoles: están siempre buscando milagros espectaculares, pidiendo que caiga fuego del cielo, pensando en reinos futuros y distribuyéndose los cargos de honor. Frente a ellos se presenta un Jesús que actúa calladamente en bien de personas concretas, y que si de eso resulta un milagro pide que se lo silencie. Un Jesús que con palabras simples predica el amor al hermano y no teologías espectaculares tan del gusto de la época. Esta simplicidad o normalidad de la actividad de Jesús tiene su experiencia cumbre en su muerte. La muerte de Jesús es impresionantemente poco espectacular. Aparece reducida a la muerte de un ladrón más. Su muerte no es la de un héroe que electriza a las muchedumbres y provoca desórdenes callejeros. Tampoco es la muerte del masoquista fanático que causa expectación en los demás. Es la muerte callada del cordero que va al matadero sin dar un grito. Cordero que es despreciado por su mismo silencio. Esta es la desilusión fundamental de los discípulos de Emaús.

Ellos creían en «Jesús Nazareno, que resultó ser un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo»; sin embargo, a este mismo Jesús «lo entregaron los sumo sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron cuando nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel» (*Lucas 24,19-21*).

¿Qué pasó? ¿Es que Jesús renunció a su misión? San Juan nos da una pauta interesante. Al terminar su ministerio Jesús dice en el Evangelio de Juan: «Les aseguro, si el grano de trigo cae en tierra y no muere queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante» (*Juan 12,14*). Jesús es esta semilla que ha sido enterrada, que se ha entregado a la muerte para ser fecunda. Su muerte es la llamada muerte de la semilla que acepta sin gritos ser enterrada. Su muerte es el germen de la nueva vida, nueva vida para Él y para todos nosotros.

Aquí estamos llegando al fin de este recorrido. Es en este punto donde parece estar el aspecto clave y más difícil de tomar de la muerte de Cristo. Los primeros discípulos estuvieron largo tiempo desilusionados de la muerte de Cristo porque la veían como accidente dentro de su vida, como un atentado contra la vida y no como la causa de una vida nueva. Sería necesario que posteriormente los apóstoles viesen el fruto de esta semilla para que supiesen valorar el sentido de su muerte y ser capaces de entregarse a la muerte ellos también.

A cada uno nos corresponde ahora, en la intimidad de nuestro corazón, saber penetrar en el ejemplo de Cristo y saber discernir lo bueno y lo malo que hay en nuestras vidas. Los invito a que pensemos cómo se da en nuestra vida esta relación entre la muerte, la entrega a los demás que a nosotros nos gustaría tener, y la entrega que los demás concretamente nos piden. Que pensemos también cómo se da nuestra desilusión frente a la entrega. ¿No nos desilusionamos a veces por el fracaso de ciertos modelos de servicio a los demás, sin saber reconocer allí un nuevo llamado del Señor a un servicio más simple y sencillo, pero tal vez más real? En definitiva, que pensemos si realmente armamos nuestra vida con conciencia de semillas que debemos aceptar ser enterradas para que otros vean nuestros frutos; o hacemos todos los esfuerzos imaginables para hacer manifiestos nuestros frutos y flores a fin de deleitarnos en ellos?

Los invito a que el Viernes Santo, día en que celebramos la muerte de Cristo, busquemos comprender su entrega bajo este aspecto de ser el cordero inocente, llevado a la muerte. De ser aquel que padece una muerte injusta, pero que esa misma muerte injusta es la causa de vida nueva. Que miremos que para Jesús morir no es hacerse el héroe arriesgado, sino aceptar por el bien de los hermanos la muerte que otros le piden. Que una auténtica caridad, que servir a los hombres es aceptar los trabajos y sufrimientos que ellos nos piden.

#### **Textos bíblicos:**

*Jeremías 15,10-21*: los sufrimientos del profeta

*Jeremías 20,7-18*: radicalidad del llamado de Dios

*Salmo 22[21]*: sufrimiento y esperanza del justo

*Sabiduría 1,16 – 2,24*: la opresión del justo

*Sabiduría 4,7-18*: muerte prematura del justo

**Relatos de la Pasión:** *Mateo 26,1 – 27,66*

*Marcos 14,1 – 15,47*

*Lucas 22,1 – 23,56*

*Juan 18,1 – 19,42*

## **2. Jesús muerto y sepultado**

En la mañana cómo Jesús es el hombre cómo Jesús es el hombre que acepta sobre sus hombros la carga que otros le imponen. El que acepta que su anhelo de entrega universal sea concretizado por otros y no por él mismo. Veíamos cómo esta postura lleva a aceptar la muerte que otros le dan. Aceptarla no por pasividad, no por no tener otra salida, sino aceptarla voluntariamente por estar convencido que esa es la única posibilidad de que su servicio sea efectivamente vida nueva para los hombres.

Quisiera que ahora nos fijáramos en otro aspecto de Jesús. No ya en el Jesús que se entrega a la muerte, sino en el Jesús muerto. En ese Jesús que muere el viernes en la cruz, que después de constatarse su muerte es bajado de la cruz, es lavado y amortajado con perfumes, a la usanza de la época, que es envuelto en una sábana y sepultado. Y que en este sepulcro permanece su cadáver dos noches y un día completo. Dicho simplemente, que miremos a Jesús entre su muerte y su resurrección.

Tal vez más de alguien se extrañe de esta reflexión por lo poco habitual del tema. Creo que en nuestra comprensión pre-consciente de la Pascua de Cristo estamos acostumbrados a pensar en su muerte y en forma casi instantánea en su resurrección. Nos imaginamos a Jesús muriendo y resucitando instantáneamente. Creo que en esta presentación vaciamos la muerte de Cristo de su radicalidad. Se transforma en puro juego. Los apóstoles mucho menos podían imaginarlo. Los evangelios nos dicen que los apóstoles nunca entendieron los velados anuncios de Jesús sobre su resurrección. Sólo después de la resurrección se recordaron de lo que Él les había dicho.

Jesús no es el inocente ajusticiado en cruz, que apenas muerto desciende triunfante de la cruz, demostrando así su inocencia. Jesús es el inocente muerto cuyo cuerpo debe ser solicitado a las autoridades del pueblo opresor para darle sepultura. Y es el que yace sepultado tres días, más allá de lo que se pueda esperar que se manifiesten signos de vida.

En cuanto a la muerte de Cristo en la cruz, los evangelistas Mateo y Marcos nos presentan una serie de prodigios que se habrían dado en ese momento: tinieblas, terremotos, ruptura del velo del Templo, resurrecciones de justos. La muerte histórica de Cristo parece haberse dado en la impresionante simplicidad con que nos la presenta san Juan, el discípulo que estaba al pie de la cruz, junto con María la Virgen Madre de Dios, acompañando a Jesús en sus últimos instantes. Es este relato de la Pasión el que nos pone la Iglesia en la liturgia. Juan nos relata que Jesús dijo: «todo está consumado», e inclinando la cabeza entregó el espíritu. Y luego los soldados, para asegurarse de que estaba realmente muerto, le atravesaron el pecho con una lanza. La muerte de Jesús es una muerte simple, casi imperceptible. Y por lo mismo, una muerte profundamente humana y definitiva.

Este Jesús muerto es sepultado por sus amigos y parientes y permanece tres días en el sepulcro. Santo Tomás de Aquino, hombre de profunda fe, que meditó largamente en la pasión de Cristo, nos dice lo siguiente sobre este tiempo de la sepultación de Cristo: «El objeto de nuestra fe es la divinidad y la humanidad de Cristo, y no basta creer en una cosa sin la otra. Por eso, para confirmar nuestra fe en la divinidad convino que resucitara pronto y que la resurrección no se

retrasara hasta el fin del mundo. Pero para confirmar nuestra fe en su humanidad y en su muerte fue necesario que hubiese un intermedio entre la muerte y la resurrección. Pero para hacer manifiesta la muerte de Cristo bastaba que su resurrección se retrasara hasta el tercer día, pues no sucede que en un muerto aparente dejen de aparecer en este plazo algunas señales de vida».<sup>1</sup>

Retengamos lo fundamental de este tema: que la muerte de Jesús es una muerte en el pleno sentido de la palabra, con todo lo que ella implica. Y que uno de los signos de esta humanidad de la muerte es que ella es oscura, sin que se sepa lo que va a suceder después de ella. Toda la fe imaginable no es capaz de superar la radical incertidumbre de la muerte, incertidumbre que incluso sufrió el mismo Jesús. Y en el caso de Jesús esta incertidumbre no fue solo subjetiva, se tradujo en un tiempo objetivo: estuvo muerto tres días antes de resucitar. Y durante este tiempo, nos dice el Nuevo Testamento, Jesús «descendió a los infiernos». Es decir, que fue al lugar donde los israelitas se imaginan que están los muertos. Jesús no sólo muere como todos, sino que después de muerto comparte plenamente la muerte de los muertos. El Jesús del Sábado Santo es un Jesús muerto, que está entre los muertos. Aquí nos encontramos en la profunda, la radical, la desconcertante humanidad de la muerte de Cristo. Y por eso su resurrección podrá ser una verdadera «resurrección», en la cual sea re-asumida toda la humanidad.

Mirémonos ahora a nosotros mismos. Creo no equivocarnos mucho al decir que actualmente estamos viviendo un tiempo de muerte. Muerte en parte voluntaria y en parte involuntaria. Creo que la situación de crisis en el mundo es lo que se ve. Ella es una realidad cuyas causas profundas son difíciles de ubicar con exactitud. Pero lo concreto es que esta situación nos está permanentemente amenazando de muerte y nos está matando. Nos está matando como personas, como comunidades y como pueblo. Es una muerte no deseada, pero que es efectivamente mortífera. Esta muerte no deseada tiene también un elemento de tipo personal: el ser así y no de otro modo. El tener este genio y no otro. El tener esta educación y esta sensibilidad. El tener esta edad y el haber nacido en este grupo social. El haber tomado ya tales opciones en la vida. Estos son aspectos de muerte, de limitación, que se nos imponen más allá de nuestra voluntad. Pero junto a ella hay una muerte deseada, la muerte de nuestra entrega a los demás, la muerte de nuestro servicio, la muerte de nuestro amor por los pobres, la muerte de la búsqueda de la justicia. Creo que realmente, cual más cual menos, nos hemos entregado voluntariamente a la muerte por los demás. Pero, ¿cuál es el fruto de esta muerte? Nosotros nos entregamos a los demás, perdiendo oportunidades de triunfar en la vida. Pero, ¿en qué ha cambiado la sociedad? ¿no sigue siendo una sociedad montada sobre el lucro y el triunfo personal? Nos preocupamos de servir gratuita y cariñosamente a los demás. Pero, ¿cuántos son los que sirven? ¿no siguen siendo mayoría los que se aprovechan de los demás en su propio beneficio? Nos hemos sacrificado por amor a los pobres. Hemos reconocido en ellos a los predilectos del Señor. Nos hemos esforzado por la solidaridad. Pero, ¿no siguen siendo los pobres cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos? ¿no se sigue estructurando cada vez más férreamente una sociedad que favorece a los ricos y margina sistemáticamente a los pobres? ¿no son los pobres cada vez más desplazados de los beneficios sociales? Hemos trabajado por la implementación de la justicia. Pero, ¿vemos actualmente en ejercicio una justicia real, esa justicia que Dios quiere y que es el pleno encuentro de las personas? Y vamos más a fondo. No seamos tan orgullosos de creer que nosotros somos los primeros que nos entregamos y buscamos la justicia. ¿Cuántas personas en seguimiento de Cristo, y desde antes de él, se han entregado a los demás, han amado a los pobres y han buscado la justicia? Y el mundo ¿ha cambiado radicalmente por su acción? ¿no es acaso más o menos el mismo?

---

<sup>1</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO *Summa Theologiae* III, q.53, a.2

Pero creo que en lo dicho se encierra una gran verdad, verdad que actualmente padecemos con mucha fuerza. Y esta realidad es la que debemos mirar a la luz de Cristo sepultado. Los que queremos morir con Cristo debemos estar dispuestos a permanecer sepultados con él. La resurrección no es inmediata y la oscuridad del sepulcro es larga y difícil. Nuestra situación es como la de esos israelitas que salieron con Moisés de Egipto buscando la liberación del pueblo. Pero, nos dice la Escritura, ninguno de ellos llegó a la tierra prometida; ni siquiera Moisés. Todos los que lucharon para que el pueblo esclavo pudiese vivir libremente en una tierra fértil murieron en el desierto seco y árido, sin ver la patria esperada. Y los que gozaron de la nueva vida fueron los que ni siquiera habían conocido la esclavitud. Sin embargo, pudieron llegar a ella – a la vida nueva – por aquellos hombres que quedaron tendidos en el desierto. Al igual que nosotros, que llegamos a la vida nueva por ese Jesús que yace entre los muertos, en un sepulcro frío y oscuro.

Los invito a que antes de celebrar litúrgicamente la muerte del Señor nos revisemos personalmente para ver si estamos dispuestos a ser sepultados con Cristo. Esta es una aventura dura. No se nos promete ninguna felicidad. Sólo se nos asegura la muerte y que este sacrificio nuestro beneficiará a otros. Revisemos cómo anda nuestro ánimo. La muerte que actualmente padecemos, ¿no nos estará minando en nuestra capacidad de entrega? ¿No habrá decaído nuestro ánimo al ver alejarse la posibilidad de la vida nueva? La tarea es dura, pero creo que es la concretización de nuestra entrega que actualmente nos pide el Señor. Entrega que, si somos fieles a ella, no dejará de ser vida nueva para los hermanos y para nosotros mismos. Esta es la tarea de nuestra esperanza. Esperar es estar seguros de que pese a todas las oscuridades y pese a todas las deficiencias, pese a toda la muerte que pesa sobre nosotros, el don de Dios es capaz de darnos vida nueva.

*Textos bíblicos:*

*Mateo 10,16-42: el sufrimiento del discípulo*

*Marcos 6,17-29: la muerte del Justo Juan Bautista (Id. Mateo 14,3-12)*

*Marcos 8,34-38: condiciones para seguir a Jesús*

*Lucas 10,29-37: la necesaria concreción de nuestro amor*

*Juan 11,45-54: Jesús muere por todos los hombres*

*Juan 12,20-28: si el grano de trigo no cae en tierra...*

*Romanos 7,14-25: nuestra situación de muerte*

*2 Corintios 4,7-10: la condición del apóstol*

*Filipenses 3,1 – 4,1: nuestra muerte en Cristo*

*2 Timoteo 2,1-13: los sufrimientos del apóstol*

### **3. La resurrección de Cristo**

Hemos tratado de penetrar en el profundo misterio de la muerte de Cristo y de revisar nuestra vida a su luz. Ha sido un día duro, de enfrentamiento con lo más radical de la fe cristiana. Hemos estado aludiendo permanentemente a la exigencia personal que nace de la cruz de Cristo. El tema ha sido serio y la realidad sobradamente dolorosa. Hoy debemos mirar a Cristo desde otro ángulo. Desde la perspectiva de su resurrección ya cercana. Nos deteníamos ante lo que constituye nuestra tarea: morir, entregarnos a la muerte en el servicio a los hermanos. Hoy debemos fijar nuestra atención en el don de Dios. Ya no nos preocuparemos de lo que podemos y debemos hacer, sino

de lo que el Padre regala gratuitamente a los que han muerto en Cristo. Hablábamos de la radicalidad que debe tener nuestro amor y del esfuerzo de nuestra esperanza. Hoy debemos referirnos al don de la fe que nos permite descubrir signos de la vida nueva que Dios hace germinar en este mundo nuestro. Nuestra tarea es morir, la resurrección es un regalo. Y el anuncio de la resurrección de Cristo es una Buena Nueva, un Evangelio.

Partamos una vez más leyendo el evangelio. Decíamos ayer que Jesús muere en la cruz solo y abandonado por todos, y que esta muerte en cruz es la forma concreta que reviste para Él el servicio a los hermanos. La muerte de Jesús es profundamente opaca y sencilla. Y su sepultura es tan humana y corriente que todo parece terminar allí. De hecho, todo lo que Jesús podía hacer terminaba allí. Desde el instante de su muerte, en el cual se resume toda su vida de entrega, Jesús deja de ser el protagonista. Ahora el papel protagónico lo asume el Padre. El Padre Dios al cual tantas veces se refirió Jesús en su vida. El Padre según la voluntad del cual Jesús modeló su vida y su entrega.

El Padre es el que recibe a este Jesús aniquilado, vaciado de sí mismo, hecho nada en el amor a los hermanos, y acepta su vida de entrega colocándolo en una situación de señorío que no sólo le confiere vida nueva, sino que lo hace capaz de vivificar a otros. El Nuevo Testamento jamás se dice que Jesús se resucitó a sí mismo. Es el Padre el que resucita a ese Jesús que se ha hecho nada, a ese Jesús que ha perdido toda esperanza de vida. Es el Padre el que acepta la entrega de Cristo resucitándolo. El libro de Hechos de los Apóstoles nos presenta esto muy claramente. Como decíamos, allí se acusa a los judíos que por su maldad mataron a Jesús. Pero inmediatamente sale la afirmación de la resurrección: «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien ustedes asesinaron colgándolo de un madero» (*Hechos 5,30*). Para una lectura simplista, la afirmación de la resurrección aparece casi como una revancha al Padre que destruye las maquinaciones de los judíos. Es precisamente por esto que el anuncio de la resurrección constituye una Buena Nueva. San Pablo, en la carta a los filipenses, explicita claramente este sentido de la resurrección de Cristo como don del Padre:

«Jesús, a pesar de su condición divina,  
no se aferró a su categoría de Dios;  
al contrario, se despojó de su rango  
y tomó la condición de esclavo,  
haciéndose uno de tantos.  
Así, presentándose como simple hombre  
se abajó, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.  
Por eso Dios lo levantó sobre todo,  
y le concedió el título que sobrepasa todo título,  
de modo que ante este título de Jesús  
toda rodilla se doble  
en el cielo, en la tierra, en el abismo,  
y toda lengua proclame  
que Jesús es Señor  
para gloria de Dios Padre.» (*Filipenses 2,-6-11*)

Volvamos ahora la mirada hacia nosotros mismos. Decíamos que en nosotros se da un aspecto voluntario y un aspecto involuntario de nuestra muerte. Pero que en ambos casos esta es dura, oscura y cuestionante. Decíamos incluso que llega a ser un «estar muerto», con toda la impotencia que ello acarrea. Es la muerte que compartimos con Cristo. Y es ahora cuando nuestra fe nos dice que «si hemos quedado incorporados a él en una muerte semejante a la suya, ciertamente lo estaremos también por una resurrección semejante» (*Romanos*



6,5). Y que «Por haber muerto con Cristo también viviremos con Él» (*Romanos 6,8*). Veíamos cómo se daba nuestro morir con Cristo, los invito a que hoy miremos cómo se da nuestro resucitar con Él.

Comencemos con una afirmación evidente: la resurrección es un don, y por lo tanto no es el resultado directo de nuestro esfuerzo. Ahora bien, si la resurrección es un don, sus signos hay que buscarlos no en los resultados de lo que nosotros hacemos o hayamos hecho, sino en aquello que se nos regala. Es una vida nueva inmerecida. Mirando desde este ángulo señalaríamos algunos aspectos principales de esta vida nueva que actualmente se nos está regalando.

**1.** El primer aspecto de esta vida nueva me parece ser el sufrimiento y la persecución injusta que actualmente sufre la Iglesia. El ser perseguida por causa de la justicia y el ser capaz de solidarizar con el que sufre son signos inequívocos de amor. No existe amor sin sufrimiento. Y no es por casualidad que las historias de amor sean siempre llorosas. Creo que nuestro dolor presente es signo de amor y no de egoísmo o incomunicación. Y en cuanto signo de amor me parece ser un don de Dios que ponen en nosotros la capacidad de amar y un anticipo de la resurrección. Para los que tenemos fe, el estar muriendo con Cristo es prenda segura de la resurrección, ya que no existe resurrección de vivos; es la resurrección de los muertos la que el Padre promete.

**2.** Nuevos vínculos creados por el sufrimiento. Es un dato de la experiencia cotidiana que el dolor es capaz de crear lazos inesperados entre las personas. Creo que nuestro actual sufrimiento ha creado estos lazos. Ellos son los de la solidaridad del pueblo. Solidaridad espontánea, que brota desde abajo, y que es un compartir lo esencial de la vida. No es la solidaridad organizada e ideologizada, sino aquella solidaridad que busca la subsistencia. Es por ello una solidaridad que toma al hombre desde lo más esencial, desde su lucha por la vida. Y estos nuevos lazos creados por el dolor compartido se dan también al interior de la Iglesia. Creo que todos hemos experimentado el fermento de unidad que actualmente recorre la Iglesia, unidad que hace un tiempo nos parecía inimaginable. Repentinamente hemos quedado asombrados al darnos cuenta que frente a los problemas esenciales de la vida, los cristianos estábamos mucho más unidos de lo que a primera vista parecía, y que nuestra unidad con los pastores iba más allá de las «querellas de escuela». Creo que este don de la solidaridad y de la unidad abre insospechadas perspectivas de una vida nueva.

**3.** Renovada conciencia del valor de cada persona humana y de los bienes materiales. La actual situación de injusticia y de violación de los derechos humanos más fundamentales ha renovado en nosotros el valor absoluto de cada persona humana, la que no puede ser menospreciada en nombre de ningún principio o ideología. Igualmente, la estrecha situación económica que actualmente padece la inmensa mayoría del pueblo, nos ha obligado a valorar la importancia de los bienes materiales en la vida cotidiana y la necesidad de su equitativa distribución.

Estos elementos no pretenden, ni con mucho, agotar las dimensiones que presenta actualmente esta vida nueva. Hemos aludido sólo a algunos aspectos de la vida social y de la Iglesia como organización. Podríamos aludir también a aspectos que van en la línea de lo personal o en otros campos. Esto queda para la reflexión de cada uno.

Estos elementos son signos de una vida nueva, vida que se nos ofrece, pero que no será realmente tal si no sabemos acogerla y desarrollarla. Aquí es donde interviene la obra de nuestra fe. La fe no es hacer cosas. La fe es saber discernir la presencia de Dios en las situaciones concretas, saber reconocer la vida nueva que allí late en forma incipiente; reconocerla y adherir a

ella. Adherirse por medio de un amor que nos permita entregarnos completamente. Y adherirse por medio de una esperanza que nos asegure en el don de Dios más allá de todas las oscuridades del presente.

Los invito a que en esta espera de la resurrección del Señor nos aboquemos a la tarea de mirar nuestra vida y nuestro mundo buscando allí los signos de esta vida nueva. Esta tarea debe ser acuciosa y hecha desde el fondo de nuestra fe, porque los gérmenes de lo nuevo nunca aparecen como evidentes. Pero los invito a una tarea que no es sólo de discernimiento; es también tarea de compromiso. De revisar nuestra vida presente a la luz de esta vida nueva. De mirar si con lo que hacemos estamos fomentando el don de Dios o si lo estamos aplastando. Este es un desprecio que puede ser tanto por la falta de conciencia como por falta de compromiso o por temor al dolor que ello implicaría.

Creo que sólo si nos comprometemos con esta vida nueva, descubierta tanto personal como comunitariamente, estaremos resucitando con Jesús. Sólo así estaremos acogiendo la vida nueva que nos regala el Señor. Una vida nueva que es la completa realización personal, el pleno encuentro con los hombres y la armonía con la naturaleza, a la vez que la vida nueva del Jesús resucitado que conserva en sus manos y en sus pies las huellas de la pasión. Vivamos con júbilo la Resurrección de Cristo, porque ha destrozado las ataduras de la muerte. Miremos a Santa María que fiel al plan de Dios estuvo en todos los aspectos y momentos de la vida de Jesús. Seamos nuevos testigos de Cristo para siempre. Él es nuestra vida, Él es nuestra fortaleza, Él y solo Él es el rey de reyes.

**Textos bíblicos:**

*Ezequiel 34,1-31: Dios será el pastor de su pueblo*  
*Ezequiel 36,1-38: Dios hace una alianza nueva con su pueblo*  
*Ezequiel 37,1-14: resurrección del pueblo*  
*Isaías 41,8-20: cuidado de Dios por su pueblo*  
*Isaías 49,7-26: la maravillosa restauración del pueblo*  
*Isaías 60,1-22: la resurrección de Jerusalén*  
*Salmo 118 [117]: Jesús es la piedra angular*  
*Sabiduría 3,1-9: recompensa de los justos*

**Relatos de resurrección y apariciones:** *Mateo 28,1-16*  
*Marcos 16,1-20*  
*Lucas 24,1-49*  
*Juan 20,1-31*

*Mateo 5,1-12: la felicidad de la vida nueva (Id. Lucas 6,20-23)*

*Mateo* 11,25-30: el gozo del Reino (Id. *Lucas* 10,21-24)  
*Mateo* 20,1-16: el regalo del Reino de Dios  
*Juan* 3,1-21: el nuevo nacimiento  
*Juan* 11,1-44: resurrección de Lázaro  
*Hechos de los Apóstoles* 2,14-36: proclamación de la resurrección  
*Romanos* 6,1-14: nuestra muerte y resurrección en Cristo  
*Romanos* 8,1-39: la vida nueva en Cristo  
*1 Corintios* 1,17 – 2,5: la sabiduría de Dios  
*1 Corintios* 15,1-58: la resurrección de Cristo y nuestra resurrección  
*Efesios* 4,17 – 5,20: la vida nueva en Cristo

[www.perucatonico.com](http://www.perucatonico.com)